

Aquí, no hizo D. *Iupercio* más que comerse el grupo de la *Anunciación*, y las cuatro palabras últimas. Convertir la *pintada vidriería* en *vidrios esmaltados*, lo cual es casi una barbaridad, y alterar un poquito el orden de las palabras, diciendo: «Una galería ó antepecho calado, cierra por lo alto la línea de arcadas», donde el señor Becerro decía: «Cierra por lo alto la línea de estas arcadas, una galería ó antepecho calado.»

¡Como si el orden de los factores alterara el producto!

¡Ah! Y además llamó *indigno* al remate plateresco de Juan de Badajoz, lo cual no está bien, porque el remate es muy hermoso. Lo que hay es lo que dice Becerro, que no cuadra ó no conviene á la obra, y por eso va á ser sustituido por otro gótico.

Al hablar de las torres se mete á mundo don Leandro y suelta por su cuenta esta tontería:

«¡Oh! muy hermosas. *No guarnecidas de encajes finísimos como las de Burgos.....*» etc. Esto no lo había dicho ni lo podía decir el escritor robado, que sabe que la torre del reloj, ni aun en materia de *encajes* tiene que envidiar á las de Burgos nada; pero este *yerro* le habrá cogido el señor Herrero de otra fragua, ó del taller de algún otro *errador* sin hache.

Luego vuelve á las andadas... y dicen:

El autor del viaje descriptivo:

«Por el costado N. se alza la torre vieja, con contrafuertes, ventanas románicas en su primer cuerpo alto, ojivales en el segundo, sencillo antepecho, sólida aguja y caprichosa crestería y remate ó veleta.»

El cronista de la «Hormiga»:

«La del costado Norte, es la torre vieja con ventanas románicas en el cuerpo primero, ojivales en el segundo, simple antepecho, robusta aguja y vistosa crestería.»

Obra de don Leandro en este párrafo: poner *cuerpo primero*, en lugar de *primer cuerpo*, haciendo así la frase más dura; suprimir el epíteto *alto*, que no estaba puesto sin falta de misterio, pues quitándole, parece que la torre comienza desde el suelo á tener ventanas románicas; cambiar el antepecho de *sencillo* en *simple*, es decir, equipararle á cualquiera de sus habituales lectores; cambiar la aguja de *sólida* en *robusta*; la crestería, de *caprichosa* en *vistosa*; y suprimir la veleta. ¡Cuerno, si ha trabajado aquí don Leandro!

Veamos la otra torre.

En el libro de Becerro:

«Por el del S. elévase la elegante torre ojival con el contrafuerte torreón de la escalera, el reloj bajo una simulada ventana, el doble contrafuerte del S. con sus hornacinas y doseletes,

En la «Hormiga de oro»:

«La del costado Sud es la torre ojival con el contrafuerte torreón de la escalera, reloj bajo simulada ventana, doble contrafuerte con sus hornacinas y doseletes, antepecho labrado, ele-

antepecho labrado, con las inscripciones: *María Jesús. Xps. Deus homo. Ave María gratia plena. Deus tecum*; elegantes huecos en dos cuerpos para las campanas y preciosa aguja octogonal *calada, que presta indefinible encanto y poesía á toda la obra.*»

Aquí al doble *contrafuerte del S.*, le quita el *S.*, de modo que si los lectores de la *Hormiga* fueran gente de reflexión, no hubieran sabido qué hacer de tantos contrafuertes, ni dónde colocarlos. Después suprimió el texto de las inscripciones, y por último, al llegar á la «preciosa aguja octogonal», suprimió el *calada*, que, conforme á la verdad, había escrito el señor Becerro. ¡Ya se ve! Si no suprimía lo de *calada* y lo de que «presta indefinible encanto y poesía á toda la obra», que también es cierto, aparecía en contradicción con aquella tontería que se permitió decir más atrás sobre la carencia de *encajes*.

Y sigue.

El libro:

«Al penetrar en el interior de la aérea basilica...»

¿Pero han visto ustedes qué manera de... copiar?

Ni en Sierra Morena.

gantes huecos en dos cuerpos para las campanas y preciosa aguja octogonal.

La crónica:

«Hablar del interior de la aérea basilica...»

III

¿Han leído ustedes la defensa de don Leandro....

Pues entonces ya saben que el señor Herreiro, al verse acusado de robo con fractura, ha escrito una carta al director de *El Progreso*, diciendo que... ¿qué ha de decir el desgraciado? Que sí, que el hecho es cierto, que tuvo á la vista el libro del señor Becerro, y que copió *casi* al pie de la letra *algunos párrafos*...

Casi al pie de la letra...

Precisamente en el *casi* está la fractura; porque si hubiera copiado al pie de la letra sin *casi*, es decir, sin meterse á hacer innovaciones que resultaron desatinos, la cosa no hubiera pasado de simple hurto.

Sin importancia, á lo que es cuenta, porque también dice don *Lupercio* que ni él ni sus lectores dieron importancia al asunto.

¡Caracoles!

¿Pues á qué darán importancia don Leandro y los lectores de la *Hormiga*?

De todos modos, bueno es saberlo para prevenirse.

Y para no asustarse, si cualquier día entre *Lupercio* y sus lectores solicitan en forma la abolición del sétimo y del octavo mandamiento.

Si es que el infringirlos no tiene importancia.....

Por lo demás, ya habrán visto ustedes que el buen don Leandro ha averiguado que mis artículos resultan *pesados y soñolientos*...

Y además afirma don Leandro, en su buen deseo, es decir, en su mal deseo, que don Manuel Silvela acaba de asentarme en *El Imparcial* descomunal paliza literaria...

¡Pobre
chico!...

Es decir, ¡pobre don Leandro!

Hay que perdonarle, porque ni su ánimo se encontraba en las mejores disposiciones para discurrir, ni ciertas cosas tienen otra mejor defensa.

Y luego, que si la falta de verdad de presentar lo ageno como propio no tiene importancia... ¡buenas noches!

También se engaña don Leandro y engaña á los lectores, cuando les dice que lo de *coram populi* lo hallé en un escrito suyo «publicado á muchas leguas de distancia y del que, por tanto, no pudo ver la prueba».

Alguna vez lo he visto en un periódico de Barcelona, que es al que don Leandro alude; pero también lo ha dicho lo menos cuatro

veces en *El Rigoletto* y en *El Siglo Futuro*, periódicos de Madrid, estando él en Madrid, y viendo ó pudiendo ver las pruebas.

Dispongo de las colecciones, y si se empeña, le daré las citas acotadas; porque yo soy así.

Tengo la debilidad de no decir nada que no pueda probarse, y la de probar todo lo que digo, siempre que alguien tiene la tontería de dudar de ello.

Como puedo probar también, si es necesario, que el señor Herrero era redactor de *El Fénix*, al mismo tiempo que este periódico de Suárez Bravo, se burlaba de don Carlos, y contestaba al dilema de *El Siglo Futuro* de someterse á las órdenes de don Carlos ó rebelarse, diciendo que quedaba otro extremo, el de no hacer caso de ellas.

Dejémosle regocijándose en la paliza que me ha dado don Manuel Silvela, y en las cualidades de *pesados y soñolientos* que ha descubierto en los *Ripios Aristocráticos* mientras el público agota las ediciones, y continuemos la tarea de analizar su famosísima *Crónica hebdomadaria*.

Estamos sobre la misma *Hormiga* del 4 de Setiembre último, en la cual, después de haber dicho *Lupercio* de la catedral de León todo lo que había dicho Becerro, pero corregido y estropeado, dice lo siguiente:

«La gran basilica necesita costosa reparación,

empresa acometida por el arquitecto señor Madrazo con éxito satisfactorio; pero como los recursos son pocos y el gasto mucho, la obra marcha á paso de tortuga, *sin que hasta ahora se haya conseguido más que ENTIBAR ALGUNOS TROZOS Y RECOGER LAS AGUAS.*»

¡Ave María purísima!

¡Usted sí que está entibado, señor *Lupercio!*

¡Mire usted que escribir y publicar esas cosas en la última mitad del año 1886, cuando la restauración de la preciosa catedral puede decirse que toca á su término, sin que falte para abrirla al culto apenas otra obra de importancia que las vidrieras!...

¿Y de dónde ha cogido usted ese párrafo, si se puede saber, señor don Leandro?

¿O es que le ha sacado usted de su cabeza?...

Porque el señor Becerro, que escribió hace tres años, cuando la restauración estaba ya bastante adelantada, aunque no como ahora, no ha podido decir eso que usted dice.

Ni nadie ha podido decirlo, á no ser alguno que escribiera hace diez ó doce ó catorce años (del 72 al 76) cuando el señor Madrazo encimbraba la obra, y cuando realmente andaba muy escaso el dinero.

Pero todo eso, que pudo decirse entonces, decirlo ahora es una atrocidad de primera fuerza.

Y que no tiene ni una palabra de verdad, como usted suele decir de las cosas que son exactas.

Porque, mire usted: ni es verdad que los recursos sean pocos, cuando el Estado da para la obra todo el dinero que puede gastarse, ni es verdad que la obra marche á paso de tortuga, cuando adelanta todo lo que cabe en una obra de esa índole, ni es verdad que hasta ahora no se haya conseguido más que entibar (encimbrar) algunos trozos y recoger las aguas, cuando cabalmente se va á comenzar el desencimbre, en cuanto se acabe de reforzar la cimentación de las pilas principales.

Mire usted, señor Herrero, para que no vuelva usted á ponerse en ridículo de esa manera escribiendo de lo que no conoce, ó conoce sólo por noticias extraordinariamente atrasadas, ha de saber usted, que lo que se ha hecho antes del mes de Setiembre último en la catedral de León, sin contar el hermoso hastial del Mediodía, que puede usted ver fotográficamente reproducido en casa de Laurent, ha sido restaurar *cincuenta y tantas pilas, treinta contrafuertes, cuarenta arbotantes, cuarenta y siete ventanas enormes, trece bóvedas, entre ellas la central, que es grandísima, y se han puesto además cuatrocientos metros cúbicos de cimientos.*

En fin, que se han colocado de dieciséis á

veinte mil piedras en el edificio; esto, contando solamente los sillares, pues las tobas de la bóveda apenas tienen número.

Y ha de saber usted, además, que la restauración es primorosa, lo mismo en el hastial que el señor Madrazo dejó construido, hasta el triforio, que en todo lo demás de la obra hecha bajo la dirección del inteligente arquitecto y sabio arqueólogo don Demetrio de los Ríos. (1)

El cual tiene el buen pensamiento de montar en León una fábrica de vidrios pintados para hacer allí mismo los nuevos que faltan y las reparaciones necesarias en los que existen.

Y en cuanto se pongan las vidrieras, se hará un corte provisional, próximo y paralelo á la fachada de Occidente, para emprender la restauración de ésta. (2)

¡Ya ve usted, señor de *Lupercio*, si quedan enterados los lectores de *La Hormiga* aprendiendo en Setiembre de 1886, que aún no se ha hecho en la catedral de León más que *entibar algunos trozos y recoger las aguas!*

(1) Habiendo fallecido el señor Ríos (q. e. p. d.) le ha sustituido y está terminando la restauración, con igual acierto el arquitecto D. Juan Bautista Lázaro, hijo de León y amante entusiasta del precioso monumento.

(2) Ya ha sido restaurada también esta fachada antes de poner las vidrieras, habiéndose remplazado el remate plateresco de entre las dos torres con otro gótico bellísimo.

IV.

Después de haber destrozado *Lupercio*, por apropiársela, la descripción que había hecho don Ricardo Becerro de la preciosa catedral de León, la emprende con la colegiata de San Isidoro, vulgo *San Isidro*, en esta forma:

Habla dicho Becerro en su viaje descriptivo:

«.....San Isidoro.
«El bello templo románico de este nombre, con su cuadrada torre del mismo gusto y moderno chapitel, es un curiosísimo ejemplar incompleto del arte del siglo XI, edificado por Fernando I en 1060 para guardar y *reverenciar* los restos del santo arzobispo de Sevilla que le da nombre.»

Dice *Lupercio* en la «Hormiga de oro»:

«..... San Isidoro.
«Es un templo románico... con la cuadrada torre del mismo gusto edificada en 1060 por Fernando I para guardar los restos del santo arzobispo de Sevilla, *renombrado doctor de la Iglesia española*. El ejemplar, aunque muy curioso, es modelo incompleto del arte del siglo XI.»

La obra de don Leandro: 1.º Suprimir el verbo *reverenciar*, bien aplicado por el señor

Becerro al cuerpo de San Isidoro, puesto que para sólo guardarle, bastaba una arca metida luego en una habitación cualquiera. Sí, don Leandro, comprenda usted que el templo se construyó no sólo para guardar, sino para reverenciar las reliquias de San Isidoro, y por consiguiente, no debió usted de haber suprimido el verbo *reverenciar*. 2.º Poner de su cosecha lo de «renombrado doctor de la Iglesia española», en donde *renombrado* es un galicismo, y lo demás, una inexactitud; porque San Isidoro, aunque fue español, es un Padre de la Iglesia, un Doctor de la Iglesia Universal ¿estamos? 3.º Poner en lugar de «*edificado* en 1060» que dijo Becerro, aplicado al templo, lo de «*edificada* en 1060 por Fernando I para guardar...» etc., aplicado á la torre; como si sólo la torre se hubiera edificado por entonces, y como si la *torre* se hubiera edificado para guardar los restos de San Isidoro. 4.º Decir *modelo incompleto*, en lugar de *ejemplar incompleto*, que había dicho Becerro, lo cual estaba mejor, porque el *ejemplar* es incompleto, pero es *modelo* acabado. 5.º Cambiar, sin graves consecuencias, el orden de algunos incisos en el párrafo.

Y adelante.

Decía el libro:

«Antes de esa fecha hubo en este punto un

Decía la «Hormiga»:

«Se edificó sobre un convento de religiosas

convento de religiosas de *San Juan*, que Alonso V escogió para sepulcro de los reyes de León. Inmediato á él estaba el palacio real, que la infanta doña Sancha, hermana de Alonso VII *el vencedor de Baeza*, cedió á esta iglesia con todas sus riquezas y posesiones, *en agradecimiento y veneración á San Isidoro.*»

que Alonso V escogió para sepulcro de los reyes de León; é inmediato á él, estaba el palacio real que la infanta doña Sancha, hermana de Alonso VII, cedió á esta iglesia con todas sus riquezas y posesiones.»

Este párrafo no ha hecho el señor *Lupercio* más que empobrecerle, quitándole las tres cosas que he subrayado en el texto del libro.

Continuemos los para-lelos, ó para-lectores de la *Hormiga de oro*.

Decía el catedrático:

«Al penetrar en el sencillo atrio que precede al templo, y desde el punto mismo en que los Velas alaveses mataron al conde de Castilla, don García...»

Avanza el brazo del crucero á la derecha, ostentando entre sus rudos contrafuertes la románica puerta tapiada, con dobles columnitas y arcos, con dos cabezas de leones sosteni-

Dice Lupercio:

«Precede al templo un sencillo atrio, donde los Velas alaveses mataron al conde de Castilla don García.

Entre los contrafuertes del brazo del crucero, á la derecha, descúbrense tapiada la románica puerta con dobles columnas y arcos, sostenido el dintel por dos cabezas de leones. En el tímpano raras y toscas esculturas *representan* el

do el dintel, con raras esculturas en el tímpano que representan el descendimiento y el entierro de Cristo y con las estatuas de San Pedro y San Pablo.»

Estos párrafos están copiados, como se ve; pero por meterse Lupercio á reformar un poco á lo último, nos dijo que las raras y toscas esculturas «representan... las efigies de San Pedro y San Pablo», lo cual es un disparate, porque las esculturas no representan las efigies: representan los Santos.

Y luego, de todos estos plagios dice el señor Herrero que ni él ni sus lectores les dan importancia.

Pero todavía siguen.

Decía el autor del libro de viaje:

«De frente, más interno, y en la línea del brazo mayor está el ingreso principal de la basílica románica también con pilastra, dos columnas y los tres arcos concéntricos correspondientes, con dos cabezas de carnero en el dintel, el sacrificio de Isaac en el testero, dos imágenes simétricas fuera de la

descendimiento y el entierro de Cristo y *las efigies* de San Pedro y San Pablo.»

Dice el cronista de «La Hormiga»:

«El ingreso principal de la basílica está en la línea del brazo mayor, y es también románico con pilastras, dos columnas, tres arcos concéntricos, sostenidos por dos cabezas de carnero, el sacrificio de Isaac en el testero, multitud de relieves y figuras monstruosas, un coronamiento del siglo XVI, piná-

línea de las pilastras, varios relieves con los signos del Zodiaco y otras figuras de dudosa procedencia y de irregular colocación en las enjutas, y un coronamiento del siglo XVI con balaustrada, pináculos, las armas de España y la efigie de San Isidoro á caballo *que interrumpen lastimosamente la severidad y la poesía de la obra característica de la undécima centuria.*»

culos, las armas de España y la efigie de San Isidoro á caballo, *totum revolutum* que se resiente de un churriguerismo anticipado.»

Este párrafo también le empobreció mucho D. Leandro al copiarle, quitándole la noticia de los signos del Zodiaco y otros detalles de interés. Pero en lo que estuvo el *Lupercio* más desgraciado, fué en la sustitución de las últimas líneas del texto de Becerro que dejó subrayadas, con aquello otro de *que se resienten de un churriguerismo anticipado.*

Esto que usted dice no es verdad, señor don Leandro, y lo que decía el Sr. Becerro sí lo es. Se lo explicaré á usted por si puede llegar á entenderlo. Mire usted, el coronamiento del siglo XVI, con las armas de España y demás detalles que se mencionan, es cierto que interrumpen lastimosamente la severidad y la unidad de la obra románica; pero no

es cierto que aquellos detalles se resientan de churriguerismo. Es decir, que si allí están mal, no es porque sean malos; en una obra del siglo XVI, estarían primorosamente.

Otro golpe.

Becerro decía:

«También la adúltera y desfigura el alto cuerpo central ojival florido, que hace veces de capilla mayor, y que sustituye al ábside cilíndrico primitivo...»

Aquí, al cabo, no hace el Sr. Herrero ningún daño, más que... copiar.

Vaya otro párrafo.

Decía Becerro:

«La maravilla histórica y arqueológica de esta iglesia, es el panteón de los reyes, al cual se penetra por una puerta de imitación árabe, situada debajo del coro.»

Aquí desbarra otra vez gravemente don Leandro por meterse á reformar.

No, D. Leandro, no. El panteón de los reyes no «se halla situado *debajo del coro*» como

Lupercio dice:

«También desfigura y afea este curioso ejemplar del arte románico, el alto cuerpo central ojival florido que sustituyó al ábside cilíndrico primitivo, y que sirve de capilla mayor.»

Dice Lupercio:

«Pero la maravilla de esta iglesia es el panteón de los reyes... *Se halla situado debajo del coro*, y á él da acceso una puerta de imitación árabe.»

usted dice. Lo que se halla debajo del coro es la puerta por donde se entra al panteón, como dijo Becerro. ¿Le parece á usted que es lo mismo?

Acabemos.

Decía Becerro:

«Aquel angusto espacio.... con sus bóvedas tan bajas, sus gruesas y cortas columnas, sus inmensos capiteles historiados, y las pinturas de su techo, tal vez las más antiguas que se conservan en España, produce en el ánimo del viajero ilustrado indescriptible emoción.»

No olviden ustedes que el plagiar de este modo, no tiene importancia.

A lo menos no se la dan ni D. Leandro ni los lectores de la *Hormiga de Oro*.

Dice Lupercio:

«El recinto *tiene algo de angusto* que se impone por modo incontrastable. Sus bóvedas son bajas, sus columnas cortas y gruesas, sus *historiados capiteles inmensos* y las pinturas de la techumbre las más antiguas de España.»